

## VIII

## Noticias

La noche de un día abrasador de julio descendía lentamente sobre París, y los últimos rayos del sol penetraban á través de las estrechas ventanas de la cámara de Filipina; había hecho abrir las vidrieras, y su pecho anhelante buscaba un poco de aire fresco y puro; un recuerdo vino á su memoria; un recuerdo bien triste!

—¡Así,—se dijo,—así estaba sentada cerca de la ventana la víspera de mi partida para Francia! ¡Pero entonces mi madre estaba allí...yo veía el verde césped y los floridos campos de mi patria, en lugar de este patio húmedo y de estas tristes torres! ¡Era libre! ¡Hace ya siete años! ¡siete siglos!

Cerró los ojos, y miró al cielo, donde ya temblaban las primeras estrellas.

—Vos me habéis probado, Señor,—murmuró,—y vos me miráis favorablemente; en vos espero, Dios mío!

Hizo el signo de la cruz, y quedó sumergida en sus pensamientos.

La puerta se abrió en aquel instante; Filipina se volvió sorprendida y oyó, más sorprendida, una voz juvenil que gritaba:

No temáis, señora, que es Raoul, vuestro servidor.

Las camareras encendieron luces y la princesa pudo ver á Raoul cubierto con una armadura rota y llena de sangre y polvo; el joven estaba muy pálido, y parecía abrumado de fatiga y de sufrimiento.

—¡Gran Dios!—exclamó Filipina.—¿Qué tenéis? ¡Me parecéis un fantasma que sale de su tumba!

—He escapado á la muerte,—contestó Raoul.—¡Dios lo ha permitido! Vuelvo de la guerra, noble señora, para deciros que vuestros flamencos han alcanzado la victoria; el 11 de Julio, los ciudadanos, los artesanos, los nobles y plebeyos han batido, cerca de Courtray, la innumerable armada que guiaban los más nobles caballeros de la Francia; mi señor, Roberto de Artois, ha caído bajo los golpes de un arquero, y á los gritos de *¡Flandes y su león!* la caballería francesa ha sido diezmada, ó más bien deshecha. ¡Oh, qué terrible espectáculo! ¡Qué carnicería en esas verdes praderas! ¡Qué

de sangre han empapado las lises de Francia!  
¡Qué de cadáveres cubriendo la tierra!

Filipina se había puesto en pié con su pálida frente teñida de un color encarnado, y preguntó con voz temblorosa de alegría:

—¿De modo que Flandes es Libre?

—¿Quién podrá dudarlo después de esta victoria?

—¿Y mi padre? ¿Y mis hermanos?

También serán libres.

—¿Y vos, mi querido Raoul?

—He cumplido con mi deber, viviendo para traer estas noticias, llorando á mi señor y á tantos valientes caballeros; yo era dichoso, sin embargo, porque pensaba en vuestra alegría; al llegar he obtenido el permiso de hablaros.

—¡Gracias!—dijo la princesa.—Roguemos ahora á Dios por la paz, y si yo soy dichosa algún día, vos, Raoul, lo seréis también.

Un rayo de esperanza había penetrado en aquel corazón sumiso y entristecido; pero sólo debía alumbrar los últimos días de la pobre cautiva.

Creía Filipina (¿y quién no lo hubiera creído?) que la brillante victoria de los flamencos iba á abrir su prisión, tan largo tiempo cerrada, y que bajo la custodia de su padre y de sus hermanos, regresaría pronto á su patria.

Durante muchas noches volvieron á mecer á la pobre niña sueños deliciosos: durante muchos días espío los pasos de los que aguardaba con tanto anhelo; pero el deseado instante no llegó.

Tantas decepciones helaron su corazón, y por grande que fuese su resignación para soportar las penas, su cuerpo, debilitado por la prisión, la tristeza y la soledad, no pudo ya resistir este último dolor.

IX

Libertad.

Poco tiempo bastó ya entonces para consumir la vida de la pobre Filipina; la lámpara había recibido muchas sacudidas, para que la llama pudiese brillar pura y apacible. Filipina sintió que su muerte se aproximaba hacia el fin del otoño:

Hasta el postrer día se dirigió, apoyada en las paredes, á la capilla; hasta el postrer día probó á trabajar, ocupando sus manos débiles y temblorosas; por último, el mal se hizo más

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

fuerte que su voluntad, y hubo de permitir á sus camareras que la acostasen.

El capellán vino en seguida; por la postrera vez se acusó la princesa de las faltas de su corta vida, faltas de fragilidad, tan frecuentemente lavadas con lágrimas de la mas sincera penitencia; cuando hubo terminado, dijo á su confesor:

—Yo quisiera disponer de lo poco que poseo; hace algunos días que el rey, mi padrino, ha hecho que me devuelvan las joyas que llevaban en dote al príncipe Eduardo; están en aquel cofrecillo, que os suplico padre mío me deis.

El sacerdote puso el cofrecito en sus manos; la moribunda niña miró pensativa aquellas alhajas, que jamás se había puesto; luego tomó dos sortijas de gran valor y las dió á sus camareras, diciendo:

—Guardad vosotros esta memoria mía.

Sacó en seguida una gruesa cadena de oro, y añadió:

—Esta destino al paje Raoul, que ha sido para mí tan fiel amigo.

Tomando después un medallón guarnecido de perlas, dijo á su confesor:

—Padre mío, dignáos entregarlo á Isabel de Francia, esposa del Príncipe Eduardo; decidle que mis últimos votos fueron por su dicha, y ahora tomad también todas las demas joyas que quedan en el cofrecito, y vendedlas para los pobres... ¡para los pobres prisioneros!

Filipina se detuvo, falta de aliento y de voz;

su confesor le prometió que su última voluntad sería cumplida, y la preguntó si estaba pronta á recibir el Santo Viático.

La princesa hizo una señal de adhesión y de alegría; el capellán la dejó un instante y volvió teniendo en la mano el divino Copón, y seguido del gobernador y de algunos servidores, que llevaban antorchas.

Antes de dar la sagrada forma á la agonizante, le preguntó el sacerdote:

—Hija mía, ¿perdonas á vuestros enemigos?

—Con todo mi corazón,—respondió,—y pido á Dios que nos reuna en su santo Paraíso

Una inefable expresión de paz embelleció aún aquel hermoso é inocente rostro, cuando hubo recibido con la Eucaristía el último don del amor de su Dios; parecía recogida en un pensamiento interior; una vez solamente dijo, abriendo los ojos,

—¡Nadie viene...pero Dios está aquí!...

Estas fueron sus últimas palabras sobre la tierra; algunos minutos después la torre del Louvre no guardaba otra cosa que el despojo mortal de la inocente, santa y bella Filipina de Dampierre.

La justicia divina persiguió al pecador hasta la cuarta generación; Felipe *el Bello* murió joven y detestado de sus pueblos; sus tres hijos no hicieron más que pasar sobre el trono, y murieron sin posteridad.

Su hija Isabel llevó á la casa del Rey de Inglaterra sus pretendidos derechos á la corona de Francia; jamás amó á su esposo, que se llamó

Eduardo III; su ambición, sus repetidos y escandalosos devaneos, la dureza de su corazón la hicieron odiosa; su esposo reclamó sus derechos al trono con las armas en la mano, y existió un siglo de guerras sangrientas, durante las cuales la Francia se vió al borde del abismo, como justo castigo de la cruel perfidia ejercida con el ángel que se llamó Filipina de Dampierre.

FIN

# EL TESORO DE LA CASA

POR

MARIA DEL PILAR SINUÉS.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1040. 1825 MONTERREY, MEXICO

Edición de "La Defensa del Pueblo."

MONTERREY.  
IMPRESA CATÓLICA.  
70 - Calle Dr. Mier. - 70

—  
1890